

# L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA*Unicuique suum Non praevalent*

Año LI, número 17 (2.614)

Ciudad del Vaticano

26 de abril de 2019

En el Regina Caeli el Papa vuelve a condenar los atentados en Sri Lanka

## Actos deshumanos jamás justificables

«Actos terroristas, actos deshumanos, jamás justificables»: con estas palabras el Papa Francisco volvió a condenar los atentados perpetrados en Pascua en Sri Lanka. Al término del Regina caeli del lunes "del ángel", el 22 de abril, el Pontífice expresó nuevamente su dolor por la masacre y pidió a los fieles reunidos en la plaza de san Pedro rezar por las víctimas. Anteriormente Francisco había dedicado la reflexión introductiva a la narración evangélica (Lucas 28, 8-15) de las mujeres que del sepulcro vacío se dirigen hacia los discípulos para anunciar la resurrección.

Queridos hermanos y hermanas, buenos días

Hoy, y durante toda esta semana, se prolonga en la liturgia, también en la vida, el gozo pascual de la resurrección de Jesús, cuyo evento admirable hemos recordado ayer. En la Vigilia pascual resonaron las palabras pronunciadas por los ángeles junto a la tumba vacía de Cristo. A las mujeres que se habían encaminado al sepulcro al alba del primer día, después del sábado, ellos les dijeron: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? No está aquí, ha resucitado» (Lucas 24, 5-6). La resurrección de Cristo constituye el acontecimiento más sobrecogedor de la historia humana, que atestigüa la victoria del Amor de Dios sobre el pecado y sobre la muerte y dona a nuestra esperanza de vida un fundamento sólido como la roca. Lo que humanamente era impensable, sucedió: «Jesús de Nazaret [...] Dios lo resucitó, liberándolo de los dolores de la muerte» (Hechos 2, 22-24).

En este lunes "del Ángel", la liturgia, con el Evangelio de Mateo (cf. 28, 8-15), nos lleva cerca del sepulcro vacío de Jesús. Nos hará bien ir con el pensamiento al sepulcro vacío de Jesús. Las mujeres, llenas de temor y de gozo, van corriendo a llevar la noticia a los discípulos que el sepulcro está vacío; y en ese momento Jesús se presenta ante ellos. Ellas «se acercaron, lo abrazaron los pies y lo adoraban» (v. 9).

Lo tocaron: no era un fantasma, era Jesús vivo, con la carne, era Él. Jesús disipa de sus corazones el miedo y los anima aún más a anunciar a los hermanos lo que ha sucedido. Todos los Evangelios subrayan el papel de las mujeres, María de Magdalá y las otras, como primeros testigos de la resurrección. Los hombres, atemorizados, estaban encerrados en el cenáculo. Pedro y Juan, avisados por la Magdalena, hacen solo una rápida salida en la que constatan que la tumba está abierta y vacía. Pero fueron las mujeres las primeras en encontrar al Resucitado y a llevar el anuncio de que Él está vivo.

Hoy, queridos hermanos y hermanas, resuenan también para nosotros las palabras de Jesús dirigidas a las mujeres: «No temáis; id y anunciad...» (v. 10). Después de los ritos del Triduo Pascual, que nos han hecho revivir el misterio de la muerte y resurrección de nuestro Señor, ahora con los ojos de la fe lo contemplamos resucitado y vivo. También nosotros estamos llamados a encontrarlo personalmente y a convertirnos en sus anunciadores y testigos. Con la antigua Secuencia litúrgica pascual, en estos días repetimos: «Cristo, mi esperanza, ha resucitado».

Y en Él también nosotros hemos resucitado, pasando de la muerte a la vida, de la esclavitud del pecado a la libertad del amor. Dejémonos, por lo tanto, alcanzar por el consolador mensaje de la Pascua y envolver de su luz gloriosa, que dispersa las tinieblas del miedo y la tristeza. Jesús resucitado camina junto a nosotros. Él se manifiesta a quienes lo invocan y lo aman. Antes que nada en la oración, pero también en los sim-



Pascua de Resurrección

ples gozos vividos con fe y gratitud. Este día de fiesta, en el que es costumbre gozar de un poco de distracción y de gratuidad, nos ayuden a experimentar la presencia de Jesús. Pidamos a la Virgen María poder tocar con las manos llenas la paz y la serenidad del Resucitado, para compartirlos con los hermanos, especialmente con los que tienen más necesidad de consuelo y de esperanza.

*Al finalizar el Regina caeli, después del llamamiento por Sri Lanka el Papa saludó a los diversos grupos presentes en la plaza.*

Queridos hermanos y hermanas,

Quisiera expresar nuevamente mi cercanía espiritual y paterna al pueblo de Sri Lanka. Estoy muy cercano a mi querido hermano, el cardenal Malcolm Ranjith Patabendige Don, y a toda la Iglesia archidiocesana de Colombo. Rezo por las numerosas víctimas y heridos, y pido a todos no dudar en ofrecer a esta querida nación toda la ayuda necesaria. Deseo, también, que todos condenen estos actos terrostitas, actos inhumanos, jamás justificables. Recemos a la Virgen... [*Ave, o María*]

Buena y Santa Pascua a todos. Por favor, no se olviden de rezar por mí. Buen almuerzo y hasta luego.

Persona en Sri Lanka depositan velas en el lugar de los atentados (DIBYANGSHU SARKAR / AFP)



ANDREA MONDA

*Y no debes retroceder ni una pizca en tu personalidad humana, sino estar vivo, nada más que vivo, vivo y nada hasta el final.*  
(Boris Pasternak)

Trescientos cincuenta y nueve muertos, más de 500 heridos por las bombas que hicieron explotar en tres iglesias y en tres hoteles en tres ciudades diversas durante el domingo de Pascua. Solo en la Iglesia de san Sebastián en Negombo, un poco al norte de la capital Colombo, murieron más de cien personas. Estos son los datos en su elocuente crudeza. El día de la fiesta más importante para los cristianos, el lugar de la oración, transformados en un momento y en un lugar de muerte y terror. La paradoja es atroz: en el mismo día en el que algunos hombres invocan el nombre de Dios para rezarle y pedir la paz, otros hombres usan ese mismo nombre para justificar su gesto homicida. ¿Se trata del mismo Dios? el verbo utilizado desvela el sentido de este sinsentido: por una parte “invocar”, por otra “usar”, aquí está la diferencia. Dios es el horizonte más alto, más allá del alcance de nuestras manos, un horizonte que permite ver el mundo y

sol en la condena de estos actos deshumanos, es el nudo crucial para el entramado de un diálogo especialmente existencial para la construcción de la paz.

El diálogo se teje a través de gestos concretos como el del 4 de febrero en Abu Dhabi, la firma conjunta del Documento sobre la fraternidad universal entre el Papa y el Gran Imam de Al-Azhar que invitando a reconocerse todos como hermanos en el común origen de Dios padre y creador del mundo, ha recalado con firmeza «que las religiones no incitan nunca a la guerra y no instan a sentimientos de odio, hostilidad, extremismo, ni invitan a la violencia o al derramamiento de sangre. Estas desgracias son fruto de la desviación de las enseñanzas religiosas, del uso político de las religiones». De aquí la peti-

dentifica el cristianismo con el Occidente. Pero la ecuación cristianismo/Occidente no se mantiene en pie porque el corazón del cristianismo es el mensaje espiritual del Evangelio que va dirigido a todos los hombres, a la luz de lo cual, la Iglesia entra en contacto con todas las culturas y de cada cultura valoriza lo bueno, lo humano.

Esta es la línea “humanista” del Papa que permite al sutil camino de la paz desarrollarse no obstante las reacciones violentas de los fanáticos, y es en este camino por el que la Iglesia, pueblo de Dios orante y operoso, debe continuar el recorrido.



# Permanecer humanos

los hombres bajo otra luz, y no es, en cambio, un objeto utilizable, manejable, manipulable. La mirada de la prospectiva de Dios, produce un efecto desarmante, la ilusión de poseer a Dios acaba por dividir y contraponer. La locura generada por el miedo y que genera un ulterior miedo, puesta en acción el domingo en Sri Lanka, es otro paso hacia la contraposición y la guerra de religiones: hace solo un mes, el 15 de marzo en Christchurch, Nueva Zelanda, murieron 50 personas en la mezquita de Al Noor y en el centro islámico de Linwood, en el día y en el momento de la oración del viernes. Son pasos que conducen al anulamiento de las religiones mismas y de todo lo que queda de lo humano. ¿Qué hacer, entonces, para interrumpir esta espiral de violencia?

El Papa Francisco el miércoles pasado, después del Regina caeli, expresó su deseo de «que todos condenen estos actos terroristas, actos deshumanos, jamás justificables». Una condena que sirve para permanecer humanos. En la línea de sus predecesores, el Papa, desde hace años continúa repitiendo con fuerza que matar en nombre de Dios es una traición de la misma religión. Estar unidos como seres humanos que viven bajo el

ción de «que cese la instrumentalización de las religiones para incitar al odio, a la violencia, al extremismo o al fanatismo ciego y que se deje de usar el nombre de Dios para justificar actos de homicidio, exilio, terrorismo y opresión. Lo pedimos por nuestra fe común en Dios, que no ha creado a los hombres para que sean torturados o humillados en su vida y durante su existencia. En efecto, Dios, el Omnipotente, no necesita ser defendido por nadie y no desea que su nombre sea usado para aterrorizar a la gente».

Una de las lecciones de Benedicto XVI sobre la cual es necesario reflexionar es, precisamente, sobre este «fanatismo ciego», fruto del desprendimiento entre la religión y la razón. La relación entre las dos es, en cambio, esencial para la purificación recíproca que impide precisamente que emerjan incrustaciones como el fundamentalismo y la violencia.

Otra lección, en fin, que aún no ha sido aprendida es sobre la esencia del cristianismo que no es una cultura y no se identifica con ninguna cultura ni mucho menos con una etnia particular. El fanatismo fundamentalista y subversivo, fingiendo olvidar la realidad de los hechos y la experiencia concreta de los pueblos, a menudo

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA  
*Unicumque suum Non praecedunt*

Ciudad del Vaticano  
ed.espanola@ossrom.va  
www.osservatoreromano.va

ANDREA MONDA  
director

Giuseppe Fiorentino  
subdirector  
Silvina Pérez  
jefe de la edición

Redacción  
via del Pellegrino, 00120 Ciudad del Vaticano  
teléfono 39 06 698 99410

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE  
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico  
photo@ossrom.va

Publicidad: Il Sole 24 Ore S.p.A.  
System Comunicazione Pubblicitaria  
Via Monte Rosa 91, 20149 Milano  
segreteria@direzione.system@ilsol24ore.com

Tarifas de suscripción: Italia - Vaticano: € 58,00; Europa (España + IVA): € 100,00 - \$ 148,00; América Latina, África, Asia: € 110,00 - \$ 160,00; América del Norte, Oceanía: € 162,00 - \$ 240,00. Administración: 00120 Ciudad del Vaticano, teléfono + 39 06 698 99 480, fax + 39 06 698 85 164, e-mail: suscripciones@ossrom.va.

En México: Arquidiócesis primada de México. Dirección de Comunicación Social. San Juan de Dios, 224-C. Col. Villa Lázaro Cárdenas. CP 14750. Del. Tlalpan. México, D.F. teléfono + 52 55 2652 99 55; fax + 52 55 5518 75 39; e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx.  
En Perú: Editorial salesiana, Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú; teléfono + 51 42 357 82; fax + 51 431 67 82; e-mail: editorial@salesianos.edu.pe.



La misa del Crisma celebrada por el Papa en la basílica Vaticana

## Hemos sido ungidos para ungir

«Hemos sido ungidos para ungir». Lo recordó el Papa Francisco a los casi dos mil sacerdotes que concelebraron con él la misa del Crisma la mañana del Jueves santo, 18 de abril, en la basílica Vaticana.

El Evangelio de Lucas que acabamos de escuchar nos hace revivir la emoción de aquel momento en el que el Señor hace suya la profecía de Isaías, leyéndola solemnemente en medio de su gente. La sinagoga de Nazaret estaba llena de parientes, vecinos, conocidos, amigos... y no tanto. Y todos tenían los ojos fijos en Él. La Iglesia siempre tiene los ojos fijos en Jesucristo, el Ungido a quien el Espíritu envía para ungir al Pueblo de Dios. Los evangelios nos presentan a menudo esta imagen del Señor en medio de la multitud, rodeado y apretujado por la gente que le acerca sus enfermos, le ruega que expulse los malos espíritus, escucha sus enseñanzas y camina con Él. «Mis ovejas oyen mi voz. Yo las conozco y ellas me siguen» (Jn 10, 27-28).

El Señor nunca perdió este contacto directo con la gente, siempre mantuvo la gracia de la cercanía, con el pueblo en su conjunto y con cada persona en medio de esas multitudes. Lo vemos en su vida pública, y fue así desde el comienzo: el resplandor del Niño atraído mansamente a pastores, a reyes y a ancianos soñadores como Simeón y Ana. También fue así en la Cruz; su Corazón atrae a todos hacia sí (cf. Jn 12, 32): Verónicas, cireneos, ladrones, centuriones... No es despreciativo el término "multitud". Quizás en el oído de alguno, multitud pueda sonar a masa anónima, indiferenciada... Pero en el Evangelio vemos que cuando interactúan con el Señor —que se mete en ellas como un pastor en su rebaño— las multitudes se transforman. En el interior de la gente se despierta el deseo de seguir a Jesús, brota la admiración, se cohesionan el discernimiento. Quisiera reflexionar con ustedes acerca de estas tres gracias que caracterizan la relación entre Jesús y la multitud.

### La gracia del seguimiento

Dice Lucas que las multitudes «lo buscaban» (Lc 4, 42) y «lo seguían» (Lc 14, 25), «lo apretujaban», «lo rodeaban» (cf. Lc 8, 42-45) y «se juntaban para escucharlo» (Lc 5, 15). El seguimiento de la gente va más allá de todo cálculo, es un seguimiento incondicional, lleno de cariño. Contrasta con la mezquindad de los discípulos cuya actitud con la gente raya en crueldad cuando le sugieren al Señor que los despidan, para que se busquen algo para comer. Aquí, creo yo, empezó el clericalismo: en este querer asegurarse la comida y la propia comodidad desentendiéndose de la gente. El Señor cortó en seco esta tentación. «¡Denles ustedes de comer!» (Mc 6, 37), fue la respuesta de Jesús; «¡háganse cargo de la gente!».

### La gracia de la admiración

La segunda gracia que recibe la multitud cuando sigue a Jesús es la de una admiración llena de alegría. La gente se maravillaba con Jesús (cf. Lc 11, 14), con sus milagros, pero sobre todo con su misma Persona. A la gente le encantaba saludarlo por el camino, hacerse bendecir y bendecirlo, como aquella mujer que en medio de la multitud le bendijo a su Madre. Y el Señor, por su parte, se admiraba de la fe de la gente, se alegraba y no perdía oportunidad para hacerlo notar.



### La gracia del discernimiento

La tercera gracia que recibe la gente es la del discernimiento. «La multitud se daba cuenta (a dónde se había ido Jesús) y lo seguía» (Lc 9, 11). «Se admiraban de su doctrina, porque enseñaba con autoridad» (Mt 7, 28-29; cf. Lc 5, 26). Cristo, la Palabra de Dios hecha carne, suscita en la gente este carisma del discernimiento; no ciertamente un discernimiento de especialistas en cuestiones disputadas. Cuando los fariseos y los doctores de la ley discutían con Él, lo que discernía la gente era la autoridad de Jesús: la fuerza de su doctrina para entrar en los corazones y el hecho de que los malos espíritus le obedecieran; y que además, por un momento, dejara sin palabras a los que implementaban diálogos tramposos. La gente gozaba con esto. Sabía distinguir y gozaba.

Ahondemos un poco más en esta visión evangélica de la multitud. Lucas señala cuatro grandes grupos que son destinatarios preferenciales de la unción del Señor: los pobres, los prisioneros de guerra, los ciegos, los oprimidos. Los nombra en general, pero vemos después con alegría que, a lo largo de la vida del Señor, estos ungidos irán adquiriendo rostro y nombre propios. Así como la unción con el aceite se aplica en una parte y su acción benéfica se expande por todo el cuerpo, así el Señor, tomando la profecía de Isaías, nombra diversas "multitudes" a las que el Espíritu lo envía, siguiendo la dinámica de lo que podemos llamar una "preferencialidad inclusiva": la gracia y el carisma que se da a una persona o a un grupo en particular redundan, como toda acción del Espíritu, en beneficio de todos. Los pobres (*ptochoi*) son los que están doblados, como los mendigos que se inclinan para pedir. Pero también es pobre (*ptoché*) la viuda, que unge con sus dedos las dos moneditas que eran todo lo que tenía ese día para vivir. La unción de esa viuda para dar limosna pasa desapercibida a los ojos de todos, salvo a los de Jesús, que mira con bondad su pequeñez. Con ella el Señor puede cumplir en plenitud su misión de anunciar el evangelio a los pobres. Paradójicamente, la buena noticia de que existe gente así, la escuchan los discípulos. Ella, la mujer generosa, ni se enteró de que "había salido en el Evangelio" —es decir, que su gesto sería publicado en el Evangelio—: el alegre anuncio de que sus acciones "pesan" en el Reino y valen más que todas las riquezas del mundo, ella lo vive desde adentro, como tantas santas y santos "de la puerta de al lado". Los ciegos están representados por uno de los rostros más simpáticos del evangelio: el de Bartimeo (cf. Mc 10, 46-52), el mendigo ciego que recuperó la vista y, a partir de ahí, solo tuvo ojos para seguir a Jesús por el camino. ¡La unción de la mirada! Nuestra mirada, a la que los ojos de Jesús pueden devolver ese brillo que solo el amor

gratuito puede dar, ese brillo que a diario nos lo roban las imágenes interesadas o banales con que nos atiborra el mundo. Para nombrar a los oprimidos (*tethrausmenous*), Lucas usa una expresión que contiene la palabra "trauma".

Ella basta para evocar la Parábola, quizás la preferida de Lucas, la del Buen Samaritano que unge con aceite y venda las heridas (*traumata*: Lc 10, 34) del hombre que había sido molido a palos y estaba tirado al costado del camino. ¡La unción de la carne herida de Cristo! En esa unción está el remedio para todos los traumas que dejan a personas, a familias y a pueblos enteros fuera de juego, como excluidos y sobrantes, al costado de la historia. Los cautivos son los prisioneros de guerra (*aichmalotos*), los que eran llevados a punta de lanza (*aichmé*). Jesús usará la expresión al referirse a la cautividad y deportación de Jerusalén, su ciudad amada (Lc 21,

24). Hoy las ciudades se cautivan no tanto a punta de lanza sino con los medios más sutiles de colonización ideológica. Solo la unción de la propia cultura, amasada con el trabajo y el arte de nuestros mayores, puede liberar a nuestras ciudades de estas nuevas esclavitudes. Viniendo a nosotros, queridos hermanos sacerdotes, no tenemos que olvidar que nuestros modelos evangélicos son esta "gente", esta multitud con estos rostros concretos, a los que la unción del Señor realiza y vivifica. Ellos son los que completan y vuelven real la unción del Espíritu en nosotros, que hemos sido ungidos para ungir. Hemos sido tomados de en medio de ellos y sin temor nos podemos identificar con esta gente sencilla. Cada uno de nosotros tiene su propia historia. Un poco de memoria nos hará mucho bien. Ellos son imagen de nuestra alma e imagen de la Iglesia. Cada uno encarna el corazón único de nuestro pueblo.

Nosotros, sacerdotes, somos el pobre y quisiéramos tener el corazón de la viuda pobre cuando damos limosna y le tocamos la mano al mendigo y lo miramos a los ojos. Nosotros, sacerdotes, somos Bartimeo y cada mañana nos levantamos a rezar rogando: «Señor, que pueda ver» (Lc 18, 41). Nosotros, sacerdotes somos, en algún punto de nuestro pecado, el herido molido a palos por los ladrones. Y queremos estar, los primeros, en las manos compasivas del Buen Samaritano, para poder luego compadecer con las nuestras a los demás.

Les confieso que cuando confirmo y ordeno me gusta esparcir bien el crisma en la frente y en las manos de los ungidos. Al ungir bien una experiencia que allí se renueva la propia unción. Esto quiero decir: no somos repartidores de aceite en botella. Somos ungidos para ungir. Ungimos repartiéndonos a nosotros mismos, repartiendo nuestra vocación y nuestro corazón. Al ungir somos reungidos por la fe y el cariño de nuestro pueblo. Ungimos ensuciándonos las manos al tocar las heridas, los pecados y las angustias de la gente; ungimos perfumándonos las manos al tocar su fe, sus esperanzas, su fidelidad y la generosidad incondicional de su entrega que muchos ilustrados consideran como una superstición. El que aprende a ungir y a bendecir se sana de la mezquindad, del abuso y de la crueldad. Recemos, queridísimos hermanos, metiéndonos con Jesús en medio de nuestra gente, es el puesto más hermoso. El Padre renueve en nosotros la efusión de su Espíritu de santidad y haga que nos unamos para implorar su misericordia para el pueblo que nos fue confiado y para el mundo entero. Así la multitud de las gentes, reunidas en Cristo, puedan llegar a ser el único Pueblo fiel de Dios, que tendrá su plenitud en el Reino (cf. *Plegaria de ordenación de presbíteros*).

# El prototipo de los descartados

RANIERO CANTALAMESSA

«**D**espreciado y evitado de los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultan los rostros, despreciado y desestimado» (Is 53,3).

Son las palabras proféticas de Isaías con las que se ha iniciado la liturgia la palabra de hoy. El relato de la pasión que ha seguido un nombre y un rostro a este misterioso hombre de dolores, despreciado y rechazado por los hombres: el nombre y el rostro de Jesús de Nazaret. Hoy queremos contemplar al Crucificado precisamente en esta apariencia: como el prototipo y el representante de todos los rechazados, los desheredados y los «descartados» de la tierra, aquellos ante los cuales se gira el rostro hacia otra parte para no ver.

Jesús no ha empezado ahora, en la pasión, a serlo. En toda su vida, él formó parte de ellos. Nació en un establo porque para los suyos «no había puesto en la posada» (Lc 2,7). Al presentarlo en el templo, los padres ofrecieron «un par de tórtolas o dos pichones», la ofrenda prescrita por la ley para los pobres que no podían permitirse el lujo de ofrecer un cordero (cf. Lev 12,8). Un auténtico certificado de pobreza en el Israel de entonces. Durante su vida pública, no tiene «dónde reclinar la cabeza» (Mt 8,20): un síntoma.

Y llegamos a la pasión. En el relato de ella hay un momento en el que no nos detenemos a menudo, pero que es muy significativo: Jesús en el pretorio de Pilato (cf. Mc 15,16-20). Los soldados han observado, en la explanada adyacente, un arbusto de espinos; han cogido un haz y se lo han presionado sobre la cabeza; sobre la espalda todavía sangrante por la flagelación, le han colocado un manto como burla; tiene las manos atadas con una tosca cuerda; en una le han puesto un haz de varas y en la otra una caña, símbolos jocosos de su realeza. Es el prototipo de las personas maniatadas, solas, en manos de soldados y bandidos que desfogon sobre los pobres desgraciados la rabia y la crueldad que han acumulado en la vida. ¡Torturado!

«¡Ecce homo!», ¡He aquí el hombre!, exclama Pilato, al presentarlo poco después al pueblo (Jn 19,5). Palabra que, después de Cristo, puede ser dicha del grupo sin fin de hombres y mujeres humillados, reducidos a objetos, privados de toda dignidad humana. «Si esto es un hombre»: el escritor Primo Levi tituló así el relato de su vida en el campo de exterminio de Auschwitz. En la cruz, Jesús de Nazaret se convierte en el emblema de toda esta humanidad «humillada y ofendida». Vendrían ganas de exclamar: «Despreciados, rechazados, parias de toda la tierra: ¡el hombre más grande de toda la historia ha sido uno de vosotros! A cualquier pueblo, raza o religión que pertenezcáis, tenéis el derecho de reclamarlo como vuestro».

El escritor y teólogo afro-americano, Howard Thurman —aquel al que Martin Luther King consideraba su maestro y el inspirador de la lucha no violenta por los derechos civiles— escribió un libro titulado «Jesus and the Disinherited»[1]. Jesús y los desheredados. En él, hace ver lo que representó la figura de Jesús para los esclavos del Sur, de los que él mismo era un descendiente directo. En la privación de todo derecho y en la abyección más total, las palabras del Evangelio que repetía el ministro de culto negro, en la única reunión que se les consentía, daban nuevamente a los esclavos el sentido de su dignidad de hijos de Dios.

En este clima nacieron la mayoría de los cantos espirituales negros que todavía hoy conmue-



Predicación del Viernes Santo

ven al mundo[2]. En el momento de la subasta pública habían vivido el desgarrar de ver a las esposas separadas de los maridos y a los padres respecto de los hijos, vendidos a dueños diferentes. Es fácil intuir con qué espíritu cantaban bajo el sol o en el interior de sus cabañas: «Nobody knows the trouble I have seen. Nobody knows, but Jesus»: Nadie sabe el dolor que he experimentado; nadie, excepto Jesús».

Este no es el único significado de la pasión y muerte de Cristo y ni siquiera el más importante. El significado más profundo no es el social, sino el espiritual y místico. Aquella muerte redimió al mundo del pecado, llevó el amor de Dios al punto más lejano y más oscuro en el que la humanidad se había metido en su huida de él, es decir, en la muerte. No es, decía, el sentido más importante de la cruz, pero es el que todos, creyentes y no creyentes, pueden reconocer y acoger.

Todos, repito, no sólo los creyentes. Si por el hecho de su encarnación el Hijo de Dios se hizo hombre y se unió a toda la humanidad, por el modo en que se produjo su encarnación se ha hecho uno de los pobres y rechazados, ha abrazado su causa. Él mismo se ha encargado de asegurárnoslo cuando solemnemente afirmó que lo que hicimos por el hambriento, el desnudo, el preso, el exilado, se lo hicimos a él y lo que omitimos hacérselo a ellos no se lo hicimos a Él (cf. Mt 25, 31-46).

Pero no podemos detenernos aquí. Si Jesús solo tuviera esto que decir a los desheredados del mundo, no sería más que uno entre ellos, un ejemplo de dignidad en la desventura y nada más. Más aún, sería una prueba ulterior a cargo de Dios que permite todo esto. Es conocida la reacción indignada de Iván, el hermano rebelde de los hermanos Karamazov, de Dostoievski, cuando el hermano menor, Aliosha, le menciona a Jesús: «¡Ah, se trata del Único sin pecado y de su sangre! No, no me había olvidado de él: y más aún, me maravillaba, mientras se discutía, cómo era posible que tardaras tanto en sacarlo contigo, ya que comúnmente, en los debates, todos los de vuestra parte le ponen a Él ante que cualquier otra cosa»[3].

Efectivamente, el Evangelio no se detiene aquí; dice también otra cosa, ¡dice que el Crucificado ha resucitado! En él se produjo un vuelco total de las partes: el vencido se ha convertido en vencedor, el juzgado se ha convertido en el juez, «la piedra descartada por los arquitectos se ha convertido en piedra angular» (cf. Hch 4,11). La última palabra no ha sido y no será nunca la de la injusticia y la opresión. Jesús no ha devuelto sólo una dignidad a los desheredados del mundo; ¡les ha dado una esperanza!

En los tres primeros siglos de la Iglesia la celebración de la Pascua no estaba distribuida como ahora, en varios días: Viernes Santo, Sábado Santo y Domingo de Pascua. Todo estaba concentrado en un solo día. En la Vigilia pascual se conmemoraba tanto la muerte como la resurrección. Más concretamente, ni la muerte ni la resurrección se conmemoraban como hechos distintos y separados; se conmemoraba, más bien, el tránsito de Cristo de una a otra, de la muerte a

la vida. La palabra «Pascua» (pasech) significa tránsito: paso del pueblo hebreo de la esclavitud a la libertad, tránsito de Cristo de este mundo al Padre (cf. Jn 13,1) y tránsito, del pecado a la gracia, de los creyentes en él.

Es la fiesta del vuelco obrado por Dios y realizado en Cristo; es el comienzo y la promesa del único cambio pleno totalmente justo e irreversible en la suerte de la humanidad. ¡Pobres, excluidos, pertenecientes a distintas formas de esclavitud todavía en curso en nuestra sociedad: la Pascua es vuestra fiesta!

La cruz contiene también un mensaje para aquellos que están en la otra orilla: para los poderosos, los fuertes, los que se sienten tranquilos en su papel de «vencedores». Y es un mensaje, como siempre, de amor y de salvación, no de odio o venganza. Les recuerda que al final están vinculados al mismo destino de todos; que débiles y poderosos, inermes y tiranos, todos están sometidos a la misma ley y a los mismos límites humanos. La muerte, como la espada de Damocles, pende sobre la cabeza de cada uno, colgada de un hilo. Pone en guardia contra el peor mal para el hombre que es la ilusión de la omnipotencia. No hay que ir demasiado para atrás en el tiempo, hasta repensar la historia reciente para darnos cuenta de lo frecuente que es este peligro y a cuántas personas y pueblos lleva a la catástrofe.

La Escritura tiene palabras de sabiduría eterna dirigidas a los dominadores de la escena de este mundo:

«Aprended, gobernantes de toda la tierra... los poderosos serán examinados con rigor» (Sab 6,1.6).

«En la prosperidad el hombre no comprende, es parecido a las bestias que mueren» (Sal 49,21).

«¿Para qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si luego pierde su alma o se destruye a sí mismo?» (Lc 9,25)

La Iglesia ha recibido el mandato de su fundador de ponerse de la parte de los pobres y los débiles, de ser la voz de quien no tiene voz y, gracias a Dios, es lo que hace, sobre todo en su pastor supremo.

La segunda tarea histórica que las religiones deben, juntas, asumir hoy, además de promover la paz, es no permanecer en silencio ante el espectáculo que está ante la mirada de todos. Pocos privilegiados poseen bienes que no podrían consumir, aunque viviesen incluso siglos enteros y masas aniquiladas de pobres que no tienen un trozo de pan y un sorbo de agua por dar a sus hijos. Ninguna religión puede permanecer indiferente, porque el Dios de todas las religiones no es indiferente ante todo esto.

Volvamos a la profecía de Isaías de la que hemos partido. Comienza con la descripción de la humillación del Siervo de Dios, pero se concluye con la descripción de su exaltación final. Es Dios que habla:

«Por los trabajos de su alma verá la luz [...] Le daré una multitud como parte, y tendrá como despojo una muchedumbre. Porque expuso su vida a la muerte y fue contado entre los pecadores, él tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores». Dentro de dos días, con el anuncio de la resurrección de Cristo, la liturgia dará un nombre y un rostro también en este triunfador. Velemos y meditamos en espera.

[1] Howard Thurman, *Jesus and the Disinherited* (Beacon Press, Boston: MA 1949; reimpr. 2012).

[2] Howard Thurman, *Deep River and the Negro Spiritual Speaks of Life and Death* (Richmond, Indiana 1975).

[3] F. Dostoievski, *Los hermanos Karamazov*, Libro V, cap. 4 (Alianza Editorial, Madrid 2019).

## Viernes Santo

*Publicamos la oración compuesta y pronunciada por el Pontífice en la tarde del 19 de abril, viernes santo, al final del tradicional Via crucis en el Coliseo. Los textos de las meditaciones de las 14 estaciones fueron confiadas a sor Eugenia Bonetti, misionera de la Consolata, presidente de la Asociación «Slaves no more» que defiende a las personas víctimas de la trata de seres humanos.*

### Todas las cruces del mundo

Señor Jesús, ayúdanos a ver en Tu Cruz todas las cruces del mundo:  
 la cruz de las personas hambrientas de pan y de amor; la cruz de las personas solas y abandonadas por sus propios hijos y parientes; la cruz de las personas sedientas de justicia y de paz; la cruz de las personas que no tienen el consuelo de la fe;  
 la cruz de los ancianos que se arrastran bajo el peso de los años y de la soledad;  
 la cruz de los migrantes que encuentran las puertas cerradas a causa del miedo y de los corazones blindados por cálculos políticos;  
 la cruz de los pequeños, heridos en su inocencia y en su pureza;  
 la cruz de la humanidad que vaga en lo oscuro de la incertidumbre y en la oscuridad de la cultura de lo momentáneo;  
 la cruz de las familias rotas por la traición, por las seducciones del maligno o por la ligereza homicida y por el egoísmo;  
 la cruz de los consagrados que buscan incansablemente portar Tu luz en el mundo y que se sienten rechazados, ridiculizados y humillados;  
 la cruz de los consagrados que en el camino han olvidado su primer amor;  
 la cruz de tus hijos que, creyendo en Ti y buscando vivir según Tu palabra, se encuentran marginados y descartados incluso por sus familiares y sus coetáneos;  
 la cruz de nuestras debilidades, de nuestras hipocresías, de nuestras traiciones, de nuestros pecados y de nuestras numerosas promesas rotas; la cruz de Tu Iglesia que, fiel a Tu Evangelio, se fatiga para llevar Tu amor también entre los mismos bautizados; la cruz de la Iglesia, Tu esposa, que se siente atacada continuamente desde dentro y desde fuera;  
 la cruz de nuestra casa común que se marchita seriamente bajo nuestros ojos egoístas y cegados por la codicia y el poder.  
 Señor Jesús, reaviva en nosotros la esperanza de la resurrección y de Tu definitiva victoria contra todo mal y toda muerte. ¡Amén!





# La Semana Santa de Francisco

## Viernes Santo

Las meditaciones de las catorce estaciones del Via crucis que presidió el Papa Francisco en el Coliseo la tarde del Viernes Santo, 19 de abril, fueron escritas por la hermana Eugenia Bonetti, misionera y presidenta de la asociación «Slaves no more», que lucha contra la trata y en defensa de las mujeres inmigrantes. En las 14 estaciones estuvieron en el centro las víctimas de la trata, los menores mercantilizados, las mujeres forzadas a prostituirse y los migrantes. «Son los nuevos crucificados que deben despertar las conciencias de todos», dijo Bonetti. La religiosa ha querido viajar «junto con todos los pobres, los excluidos de la sociedad, víctimas de nuestros cierres, poderes y legislaciones, ceguera y egoísmo, pero sobre todo de nuestros corazones endurecidos por la indiferencia». En las estaciones de Jesús hacia el Calvario, sor Eugenia Bonetti reconoce los diversos episodios de los cuales ha sido testigo. En el encuentro con María, entrevisté «demasiadas madres que han dejado salir a sus jóvenes hijas hacia Europa con la esperanza de ayudar a sus familias en la extrema pobreza, mientras que ellas han encontrado humillación, desprecio y a veces incluso la muerte». Y hace un llamamiento a «crecer en la conciencia de que todos somos responsables del problema y de que todos podemos y debemos ser parte de la solución». Desgraciadamente, muchas veces hoy ya no sabemos reconocer quién está necesitado, quién está herido y humillado —escribe la religiosa de la Consolata— a menudo reivindicamos nuestros derechos e intereses, pero olvidamos los de los pobres y los últimos de la fila. Es entonces cuando debemos pedir a Dios que nos ayude a amar y a no ser insensibles a las lágrimas, al sufrimiento y al grito de dolor de los demás».



## Jueves Santo

El Papa Francisco celebró el Jueves Santo con los reclusos de una prisión romana, la cárcel Velletri, al sur de la capital italiana. Allí lavó los pies a doce presos —Concretamente a 9 italianos, un brasileño, un recluso de Costa de Marfil y otro de Marruecos— y celebró la Misa de la Cena del Señor. En su homilía pronunciada de forma espontánea destacó que «la fraternidad es humilde, siempre está al servicio». Y añadió: «Esta es la regla de Jesús y la regla del Evangelio: la regla del servicio, no de la dominación, de hacer el mal, de humillar a los demás. Servicio». E invitó a cada uno de nosotros a «servir a los demás». Y concluyó: «Que este gesto sea para todos nosotros un gesto que nos ayude a ser más servidores unos de otros, más amigos, más hermanos... más hermanos en el servicio». También subrayó la importancia de conservar «un corazón de niño, sencillo, humilde, pero servidos».

Es la quinta vez que Francisco celebra la Misa «in Coena Domini» en una prisión. Ya lo había hecho en los centros penitenciarios romanos de Rebibbia, Palatino y Regina Coeli. La estructura que Francisco visitó alberga a 577 personas. Es un instituto de seguridad media con dos secciones de precaución, una destinada a antiguos colaboradores de la justicia (la única en Italia) y otra de salud mental. En este centro de reclusión la mayoría de los presos tienen condenas menores a 5 años y en torno a la mitad de los internos son extranjeros. Los reclusos de Velletri recibieron a Francisco con gran emoción y celebraron su visita con profundo reconocimiento la Misa del Jueves Santo, día en el que Jesús instituyó la Eucaristía y el mandamiento universal de «amarnos los unos a los otros como Él primero, nos ha amados».

## Domingo de Resurrección

El dolor por los atentados en Sri Lanka y la oración por las víctimas fueron las que acompañaron los ritos de la Pascua en la basílica vaticana y la plaza san Pedro, celebraciones presididas por el Papa Francisco quien, además, manifestó su «afectuosa cercanía a la comunidad cristiana, golpeada mientras se recogía en oración, y a todas las víctimas de tan cruel violencia».

Setenta mil eran los fieles reunidos en la plaza de san Pedro el domingo por la mañana, quienes participaron en la misa papal y acto seguido recibirían la bendición *urbi et orbi* del Papa, impartida desde la loggia de la basílica vaticana a mediodía. En particular el Pontífice saludó después de la bendición a la delegación de los treinta y tres veristas holandeses, coordinados por Paul Deckers, en el equipo desde 1988, relanzando, así, una tradición que cuenta ya con 33 años. Decoraron la plaza y el antejardín con 75 mil flores y plantas, traídas desde los Países Bajos.

Francisco celebró la misa del día de Pascua en el altar ubicado en el centro del atrio y, acercándose a la imagen del Santísimo Salvador cumplió el Rito del *Resurrexi*, con el antiguo canto que anuncia la resurrección. Los pobres, los que sufren y los enfermos, estuvieron presentes tanto en la misa del domingo como en la solemne Vigilia paschal del sábado 20 de abril, celebración en la que el Pontífice administró los tres sacramentos de la iniciación cristiana a ocho personas.



Para celebrar la Pasión de Cristo

# Las catorce estaciones santas

## Introducción

Ya han pasado 40 días de la imposición de la ceniza con la que empezamos el camino cuaresmal. Hoy hemos revivido las últimas horas de vida terrena del Señor Jesús, hasta que, suspendido en la cruz, gritó su: "consummatum est", "está cumplido". Reunidos en este lugar, en el que millares de personas en el pasado sufrieron el martirio por ser fieles a Cristo, queremos ahora recorrer esta "vía dolorosa" junto a todos los pobres, los excluidos de la sociedad y los nuevos crucificados de la historia actual, víctimas de nuestra cerrazón, del poder y de las legislaciones, de la ceguera y del egoísmo, pero sobre todo de nuestro corazón endurecido por la indiferencia. Una enfermedad, esta última, que también sufrimos nosotros, los cristianos. Que la cruz de Cristo, instrumento de muerte pero también de vida nueva, que une como en un abrazo la tierra y el cielo, el norte y el sur, el este y el oeste, ilumine la conciencia de los ciudadanos, de la Iglesia, de los legisladores y de todos los que se profesan seguidores de Cristo, para que llegue a todos la Buena Noticia de la redención.

## I Estación

Jesús es condenado a muerte

«No todo el que me dice "Señor, Señor" entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mt 7,21)

Reflexión: Señor, ¿quién mejor que María, tu Madre, supo ser tu discípula? Ella aceptó la voluntad del Padre incluso en el momento más oscuro de su vida, y con su corazón destrozado estuvo a tu lado. La que te engendró, te llevó en su seno, te recibió en sus brazos, te alimentó con amor y te acompañó durante tu vida terrenal, debía recorrer tu misma vía del Calvario y compartir contigo el momento más dramático y doloroso de tu vida y de la suya.

Oración: Señor, ¿cuántas madres viven todavía hoy la experiencia de tu Madre y lloran por el destino de sus hijas y sus hijos? ¿Cuántas, después de haberlos engendrado y dado a luz, los ven sufrir y morir por las enfermedades, la falta de alimentos, de agua, de atención médica y oportunidades de vida y de futuro? ¿Te pedimos por aquellos que ocupan puestos de responsabilidad, para que puedan escuchar el clamor de los pobres que sube a Ti desde todo el mundo. El grito de todas esas jóvenes vidas, que de muchos modos están condenadas a muerte por la indiferencia generada por políticas exclusivas y egoístas. Que no falte a ninguno de tus hijos el trabajo y lo necesario para una vida honrada y digna.

Oremos juntos diciendo: "Señor, ayúdanos a hacer tu voluntad"

En los momentos de dificultad y desesperación.

En los momentos de sufrimiento físico y moral.

En los momentos de oscuridad y soledad.

## II Estación

Jesús con la cruz a cuestas

«Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz, cada día y me siga» (Lc 9,23)

Reflexión: Señor Jesús, es fácil llevar el crucifijo al cuello o colgarlo como un ornamento en las paredes de nuestras hermosas catedrales o nuestras casas, pero no es tan fácil encontrar y reconocer los nuevos crucificados de hoy: las personas sin hogar, los jóvenes sin esperanza,



sin trabajo y sin perspectivas, los inmigrantes obligados a vivir en las barracas en los márgenes de nuestra sociedad, después de haber padecido sufrimientos inauditos. Lamentablemente, estos campamentos sin seguridad son quemados y arrasados, junto con los sueños y esperanzas de miles de hombres y mujeres marginados, explotados y olvidados. Además, ¡cuántos niños son discriminados a causa de su origen, del color de su piel o de su clase social!, ¡cuántas madres sufren la humillación de ver a sus hijos ridiculizados y excluidos de las mismas oportunidades que tienen sus coetáneos y compañeros de escuela!

Oración: Té damos gracias, Señor, porque con tu propia vida nos has dado ejemplo de cómo se manifiesta el amor verdadero y desinteresado hacia los demás, especialmente hacia los enemigos o simplemente hacia el que no es como nosotros. Señor Jesús, cuántas veces también nosotros, igual que tus discípulos, nos hemos declarado abiertamente seguidores tuyos en los momentos en que realizabas curaciones y prodigios, cuando alimentabas a la multitud y perdonabas los pecados. Pero no fue tan fácil entenderte cuando hablabas de servicio y perdón, de renuncia y sufrimiento. Ayúdanos a que sepamos poner siempre nuestras vidas al servicio de los demás.

Oremos juntos diciendo: "Señor, ayúdanos a esperar"

Cuando nos sentimos abandonados y solos.

Cuando es difícil seguir tus pasos.

Cuando el servicio a los demás se hace difícil.

## III Estación

Jesús cae por primera vez

«Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores» (Is 53,4)

Reflexión: Señor Jesús, en el camino empinado que conduce al Calvario has querido experimentar la fragilidad y la debilidad humana. ¿Cómo sería hoy la Iglesia sin la presencia y la generosidad de tantos voluntarios, los nuevos samaritanos del tercer milenio? En una fría noche de enero, en una calle de las afueras de Roma, tres africanas casi niñas calentaban sus cuerpos jóvenes y semidesnudos acurrucadas en el suelo alrededor de un brasero. Algunos jóvenes, pasando con el automóvil, arrojaron material inflamable al fuego para divertirse, quemándolas gravemente. En ese preciso momento, pasó una de las muchas unidades callejeras de voluntarios que las socorrió y las llevó al hospital para acogerlas después en una casa hogar. ¿Cuánto tiempo pasó y ha de pasar para que esas muchachas se curen, no solo de las quemaduras

duras de sus miembros, sino también del dolor y de la humillación de encontrarse con un cuerpo mutilado y desfigurado para siempre?

Oración: Señor, te agradecemos la presencia de tantos nuevos samaritanos del tercer milenio que viven hoy la experiencia del camino, inclinándose con amor y compasión sobre las numerosas heridas físicas y morales de los que cada noche viven en el miedo y el terror de la oscuridad, de la soledad y de la indiferencia. Señor, hoy por desgracia ya no sabemos descubrir muchas veces quien está necesitado, ni ver quien está herido y humillado. A menudo reclamamos nuestros derechos e intereses, pero olvidamos los de los pobres y los últimos de la fila. Señor, danos la gracia de no ser

insensibles a sus lágrimas, a sus sufrimientos, a su grito de dolor porque a través de ellos podemos encontrarte.

Oremos juntos diciendo: "Señor, ayúdanos a amar"

Cuando es difícil ser samaritanos.

Cuando nos cuesta perdonar.

Cuando no queremos ver el sufrimiento de los demás.

## IV Estación

Jesús encuentra a su Madre

«Una espada te traspasará el alma, para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones» (Jf. Lc 2,35)

Reflexión: María, cuando presentaste al pequeño Jesús en el templo para el rito de la purificación, el viejo Simeón te predijo que una espada atravesaría tu corazón. Ahora es el momento de renovar tu fiat, tu adhesión a la voluntad del Padre, a pesar de que acompañar a un hijo al patíbulo, tratado como un criminal, causa un dolor desgarrador. Señor, ten piedad de tantas madres, demasiadas, que han dejado partir hacia Europa a sus jóvenes hijas con la esperanza de ayudar a sus familias que viven en la extrema pobreza, encontrando en cambio humillaciones, desprecio e incluso, a veces, la muerte. Como la joven Tina, asesinada brutalmente en una calle con solo veinte años, dejando a una niña de pocos meses.

Oración: María, en este momento vives el mismo drama de muchas madres que sufren por sus hijos que se han ido a otros países con la esperanza de encontrar una oportunidad para un futuro mejor, para ellos y para sus familias, pero que, por desgracia, han encontrado humillación, desprecio, violencia, indiferencia, soledad e incluso la muerte. Dales fuerza y valor.

Oremos juntos diciendo: "Señor, haz que sepamos dar siempre apoyo y consuelo, y estar presentes para ofrecer ayuda"

Para consolar a las madres que lloran el destino de sus hijos.

Para quien ha perdido toda esperanza en su vida.

Para quien sufre violencia y desprecio todos los días.

## V Estación

El Cireneo ayuda a Jesús a llevar la cruz

«Llevad los unos las cargas de los otros y así cumpliréis la ley de Cristo» (Ga 6,2)



Reflexión: Señor Jesús, en el camino al Calvario sentiste el peso y la dificultad de llevar esa áspera cruz de madera. En vano esperaste el gesto de ayuda de un amigo, de uno de tus discípulos o de una de las muchas personas a quienes aliviaste sus sufrimientos. Lamentablemente, solo un desconocido, Simón de Cirene, por obligación, te echó una mano. ¿Dónde están hoy los nuevos cireneos del tercer milenio? ¿Dónde los encontramos? Me gustaría mencionar la experiencia de un grupo de religiosas de diferentes nacionalidades, orígenes e institutos de proveniencia con las que, durante más de diecisiete años, visitamos en Roma todos los sábados un centro para mujeres inmigrantes indocumentadas. Mujeres, a menudo jóvenes, en espera de conocer su destino, en vilo entre la deportación y la posibilidad de quedarse. Cuánto sufrimiento, pero también cuánta alegría percibimos en estas mujeres cuando encuentran religiosas provenientes de sus países, que hablan sus lenguas, que secan sus lágrimas, que comparten momentos de oración y de fiesta, que vuelven menos crueles los largos meses pasados entre rejas y en sórdidas calles.

*Oración: Por todos los cireneos de nuestra historia. Para que nunca les falte el deseo de acogerte bajo la apariencia de los últimos de la tierra, conscientes de que, al tender la mano a los más pobres de nuestra sociedad, te acogemos a ti. Que ellos sean samaritanos portavoces de aquellos que no tienen voz.*

Oremos juntos diciendo: "Señor, ayúdanos a llevar nuestra cruz"

Cuando estamos cansados y desanimados.

Cuando sentimos el peso de nuestras debilidades.

Cuando nos pides que compartamos los sufrimientos de los demás.

#### VI Estación

*La Verónica enjuga el rostro de Jesús*

*«Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25,40)*

Reflexión: Pensemos en los niños de diversas partes del mundo que no pueden ir a la escuela y que, en cambio, son explotados en las minas, en los campos, en la pesca; vendidos y comprados por traficantes de carne humana, para trasplantes de órganos; abusados y explotados en nuestras calles por muchos, incluidos los cristianos, que han perdido el sentido de la sacralidad propia y de los demás. Como una menor de edad de cuerpo diminuto, encontrada una noche en Roma, a la que hombres en automóviles lujosos hacían fila para aprovecharse de ella. Y, sin embargo, podía tener la misma edad de sus hijas... ¿Qué desequilibrio puede crear esta violencia en la vida de tantas jóvenes que experimentan solo el abuso, la arrogancia y la indiferencia de aquellos que, de noche y de día, las buscan, las usan, se aprovechan de ellas, y luego las arrojan de vuelta a la calle para caer en las garras del próximo comerciante de vidas!

*Oración: Señor Jesús, limpia nuestros ojos para que sepamos descubrir tu rostro en nuestros hermanos y hermanas, especialmente en todos aquellos niños que, en muchas partes del mundo, viven en la miseria y en la degradación. Niños privados del derecho a una infancia feliz, a una educación escolar, a la inocencia. Criaturas usadas como mercancía barata, vendidas y compradas por placer. Señor, te pedimos que tengas piedad y compasión de este mundo enfermo y ayúdanos a redescubrir la belleza de nuestra dignidad como seres humanos, creados a tu imagen y semejanza.*

Oremos juntos diciendo: "Señor, ayúdanos a ver"

El rostro de los niños inocentes que piden ayuda.

Las injusticias sociales.

La dignidad que cada persona posee y que es pisoteada.

#### VII Estación

Jesús cae por segunda vez

*«Él no devolvía el insulto cuando lo insultaban; sufriendo no profería amenazas; sino que se entregaba al que juzga rectamente» (1 P 2,23)*

Reflexión: ¡Cuántas venganzas en este nuestro tiempo! La sociedad actual ha perdido el gran valor del perdón, don por excelencia, curación para las heridas, fundamento de la paz y de la convivencia humana. En una sociedad donde el perdón se experimenta como debilidad, tú, Señor, nos pides que no nos quedemos en las apariencias. Y no lo haces con palabras, sino con el ejemplo. A los que te atormentan, tú les respondes: "¿Por qué me perseguís?", sabiendo muy bien que la verdadera justicia nunca puede basarse en el odio y la venganza. Haznos capaces de pedir y dar perdón.

*Oración: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34). Señor, también tú sentiste el peso de la condena, del rechazo, del abandono, del sufrimiento ocasionado por personas que te habían encontrado, acogido y seguido. Con la certeza de que el Padre no te había abandonado, encontraste la fuerza para aceptar su voluntad perdonando, amando y ofreciendo esperanza a quien*



*como tú recorres hoy el mismo camino de burla, desprecio, escarnio, abandono, traición y soledad.*

Oremos juntos diciendo: "Señor, ayúdanos a dar consuelo"

A quien se siente ofendido e insultado.

A quien se siente traicionado y humillado.

A quien se siente juzgado y condenado.

#### VIII Estación

Jesús encuentra a las mujeres

*«Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos» (Lc 23,28)*

Reflexión: La situación social, económica y política de los migrantes y de las víctimas de la trata de personas nos cuestiona y nos sacude. Debemos tener el valor, como afirma con fuerza el Papa Francisco, de denunciar el tráfico de seres humanos como un crimen contra la humanidad. Todos nosotros, especialmente los cristianos, debemos tomar más conciencia de que todos somos responsables del problema y que podemos y debemos ser parte de la solución. A todos, pero, sobre todo, a nosotras las mujeres, se nos pide el desafío de ser valientes. La resolu-

ción de saber ver y actuar, individualmente y como comunidad. Solamente sumando la pobreza de cada uno, esta puede convertirse en una gran riqueza, capaz de cambiar la mentalidad y de aliviar el sufrimiento de la humanidad. El pobre, el extranjero, el que es diferente no debe ser visto como un enemigo que hay que rechazar o combatir sino, más bien, como un hermano o hermana que hay que acoger y ayudar. Ellos no son un problema, sino un recurso valioso para nuestras ciudades blindadas, donde el bienestar y el consumismo no apaciguan el cansancio y la fatiga crecientes.

*Oración: Señor, enséñanos a tener tus ojos. Esa mirada de bienvenida y misericordia con la que ves nuestros límites y nuestros temores. Ayúdanos a ver las diferencias de ideas, hábitos y puntos de vista. Ayúdanos a reconocernos a nosotros mismos como parte de la misma humanidad y a convertirnos en promotores de formas audaces y nuevas de acogida a los diferentes, para crear juntos comunidad, familia, parroquias y sociedad civil.*

Oremos juntos diciendo: "Ayúdanos a compartir el sufrimiento de los demás"

Con el que sufre la muerte de sus seres queridos.

Con el que le cuesta pedir ayuda y consuelo.

Con el que ha experimentado maltrato y violencia.

#### IX Estación

Jesús cae por tercera vez

*«Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca: como cordero llevado al matadero» (Is 53,7)*

Reflexión: Señor, has caído por tercera vez, exhausto y humillado, bajo el peso de la cruz. Como tantas jóvenes, obligadas en las calles por grupos de traficantes de esclavos, que sufren el cansancio y la humillación de ver sus propios cuerpos y sus sueños manipulados, abusados, destruidos. Esas jóvenes mujeres se sienten como desdobladas: por una parte buscadas y usadas, por otra rechazadas y condenadas por una sociedad que no quiere ver este tipo de explotación, causado por el triunfo de la cultura del usar y tirar. Una de las tantas noches pasadas en las calles de Roma, buscaba una joven recién llegada a Italia. Al no verla en su grupo, la llamaba insistentemente por su nombre: "¡Mercy!". En la oscuridad, la vi acurrucada y dormida al borde de la calle. Al oírme se despertó y me dijo que no podía más. "Estoy exhausta", repetía... Pensé en su madre: si supiese lo que le ha sucedido a su hija, se quedaría sin lágrimas.

*Oración: Señor, ¿cuántas veces nos has dirigido esta pregunta incómoda: "¿Dónde está tu hermano, dónde está tu hermana?" ¿Cuántas veces nos has recordado que su grito desgarrador había llegado hasta ti? Ayúdanos a compartir el sufrimiento y la humillación de tantas personas tratadas como desechos. Es muy fácil condenar seres humanos y situaciones vergonzosas que humillan nuestro falso pudor, pero no es tan fácil asumir nuestras responsabilidades como individuos, como gobiernos y también como comunidades cristianas.*

Oremos juntos diciendo: "Concedenos, Señor, fuerza y valentía para denunciar"

Ante la explotación y la humillación sufrida por tantos jóvenes.

Ante la indiferencia y el silencio de tantos cristianos.

Ante leyes injustas y carentes de humanidad y solidaridad.

#### X Estación



VIENE DE LA PÁGINA 9

### Jesús es despojado de sus vestiduras

*“Revestíos de compasión entrañable, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia” (Col 3,12)*

Reflexión: Dinero, bienestar, poder. Son los ídolos de todas las épocas. También y sobre todo de la nuestra, que presume de los grandes pasos dados en el reconocimiento de los derechos de la persona. Todo se puede comprar, incluso el cuerpo de los menores, despojados de su dignidad y de su futuro. Hemos olvidado la centralidad del ser humano, su dignidad, su belleza, su fuerza. Mientras en el mundo se levantan muros y barreras, queremos recordar y agradecer a todos los que, en estos últimos meses, desde distintas funciones han arriesgado su propia vida, particularmente en el Mar Mediterráneo, para salvar las de tantas familias en busca de seguridad y oportunidades. Seres humanos escapando de la pobreza, las dictaduras, la corrupción, la esclavitud.

*Oración: Ayúdanos, Señor, a descubrir la belleza y la riqueza que toda persona y todo pueblo encierran en sí como don tuyo, único e irrepetible, para poner al servicio de toda la sociedad y no para alcanzar intereses personales. Té pedimos, Señor, que tu ejemplo y tus enseñanzas de misericordia y perdón, de humildad y paciencia nos hagan un poco más humanos y, por tanto, más cristianos.*

Oremos juntos diciendo: “Concédenos, Señor, un corazón lleno de misericordia”

Ante la ambición del placer, del poder y del dinero.

Ante las injusticias infligidas a los pobres y a los más débiles.

Ante el espejismo de los intereses personales.

### XI Estación

#### Jesús es clavado en la cruz

*“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34)*

Reflexión: Nuestra sociedad proclama la igualdad de derechos y la dignidad de todos los seres humanos; pero practica y tolera la desigualdad, acepta incluso hasta sus formas más extremas. Hombres, mujeres y niños son comprados y vendidos como esclavos por los nuevos mercaderes de seres humanos. A su vez, las víctimas de la trata son explotadas por otros individuos. Y finalmente desechadas como mercancía sin valor. ¿Cuántos se hacen ricos devorando la carne y la sangre de los pobres?

*Oración: Señor, cuántas personas todavía hoy son clavadas en una cruz, víctimas de una explotación deshumana, privadas de dignidad, de libertad, de futuro. Su grito de auxilio nos interpela como hombres y mujeres, como gobiernos, como sociedad y como Iglesia. ¿Cómo es posible que continuemos crucificándote, siendo cómplices de la trata de seres humanos? Concédenos ojos para ver y un corazón para sentir los sufrimientos de tantas personas que aún hoy son clavadas en la cruz de nuestros sistemas de vida y de consumo.*

Oremos juntos diciendo: “Señor, piedad”

Por los nuevos crucificados de hoy, dispersos por toda la tierra.

Por los poderosos y los legisladores de nuestra sociedad.

Por quien no sabe perdonar y no sabe amar.

### XII Estación

#### Jesús muere en la cruz

*“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mc 15,34)*

Reflexión: También tú, Señor, has sentido en la cruz el peso de la burla, del desprecio, de los insultos, de la violencia, del abandono, de la indiferencia. Solo María, tu madre, y otras pocas discípulas, permanecieron allí, testigos de tu sufrimiento y de tu muerte. Que su ejemplo nos inspire a comprometernos para no hacer sentir la soledad a cuantos agonizan hoy en tantos calvarios dispersos por el mundo, como los campos de acogida similares a campos de concentración en los países de tránsito, los barcos a los que se niega un puerto seguro, las largas negociaciones burocráticas para llegar al destino final, los centros de permanencia, las zonas críticas, los campos para trabajadores temporales.

*Oración: Té pedimos, Señor, que nos ayudes a estar cerca de los nuevos crucificados y desesperados de nuestro tiempo. Enséñanos a enjugar sus lágrimas, a confortarlos como supieron hacerlo María y las otras mujeres al pie de tu cruz.*



Oremos juntos diciendo: “Señor, ayúdanos a dar nuestra vida”

Por cuantos han sufrido injusticias, odio y venganza.

Por cuantos han sido injustamente calumniados y condenados.

Por cuantos se sienten solos, abandonados y humillados.

### XIII Estación

#### Jesús es bajado de la cruz

*“Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto” (Jn 12,24)*

Reflexión: ¿Quién recuerda, en esta era de noticias vertiginosas, a las veintiséis jóvenes nigerianas, desaparecidas bajo las olas, cuyos funerales fueron celebrados en Salerno? Su calvario fue duro y largo. Primero la travesía por el desierto del Sahara, hacinadas en un improvisado autobús. Después la parada forzosa en los horribles campos de acogida en Libia. Finalmente, el salto al mar, donde encontraron la muerte a las puertas de la “tierra prometida”. Dos de ellas llevaban en su seno el don de una nueva vida, niños que no verán nunca la luz del sol. Pero su muerte, como la de Jesús bajado de la cruz, no fue en vano. Confiamos todas estas vidas a la misericordia del Padre nuestro y de todos, pero sobre todo Padre de los pobres, de los desesperados y de los humillados.

*Oración: Señor, en este momento, sentimos resonar una vez más el clamor que el papa Francisco elevó en Lampedusa, meta de su primer viaje apostólico: «¿Quién ha llorado?». Y ahora, después de infinitos naufragios, seguimos clamando: «¿Quién ha llorado?». ¿Quién ha llorado?, nos preguntamos frente a los 26 ataúdes alineados y en los que se distingue una rosa blanca. Solo cinco de ellas fueron identificadas. Con o sin nombre, todas, sin embargo, son hijas y hermanas nuestras. Todas merecen nuestro respeto y recuerdo. Todas nos piden que nos sintamos responsables: instituciones, autoridades y también nosotros, por nuestro silencio y nuestra indiferencia.*

Oremos juntos: “Señor, ayúdanos a compartir el llanto”

Ante los sufrimientos de los demás.

Ante todos los ataúdes sin nombre.

Ante el llanto de tantas madres.

### XIV Estación

#### Jesús es puesto en el sepulcro

*“Está cumplido” (Jn 19,30)*

Reflexión: El desierto y el mar se han convertido en los nuevos cementerios de hoy. Frente a esas muertes no hay respuestas; pero hay responsabilidad. Hermanos que dejan morir a otros hermanos. Hombres, mujeres, niños que no hemos podido o querido salvar. Mientras los gobiernos discuten, encerrados en los palacios del poder, el Sahara se llena de esqueletos de personas que no han resistido el cansancio, el hambre, la sed. ¡Cuánto dolor provocan estos nuevos éxodos! Cuánta crueldad se ensaña con el que huye: los viajes de la desesperación, las extorsiones y las torturas, el mar transformado en tumba de agua.

*Oración: Señor, haznos comprender que todos somos hijos del mismo Padre. Que la muerte de tu hijo Jesús haga que los jefes de las naciones y los responsables de las legislaciones tomen conciencia de su rol en defensa de toda persona creada a tu imagen y semejanza.*

### Conclusión

Queremos recordar la historia de la pequeña Favour, de 9 meses, que partió de Nigeria junto a sus jóvenes padres en busca de un futuro mejor en Europa. Durante el largo y peligroso viaje en el Mediterráneo, su mamá y su papá murieron junto a centenares de personas que se habían fiado de los traficantes sin escrúpulos para poder alcanzar la “tierra prometida”. Solo Favour sobrevivió, también ella, como Moisés, fue salvada de las aguas. Que su vida se convierta en luz de esperanza en el camino hacia una humanidad más fraterna.

*Oración: Al concluir tu Vía Crucis, te pedimos Señor que nos enseñes a velar, junto a tu Madre y a las mujeres que te acompañaron en el Calvario, en espera de tu resurrección. Que ella sea faro de esperanza, de alegría, de vida nueva, de fraternidad, de acogida y de comunión entre los pueblos, las religiones y las leyes. Para que todos los hijos e hijas del hombre sean reconocidos verdaderamente en su dignidad de hijos e hijas de Dios y nunca más tratados como esclavos.*



*El sábado 20 de abril, a las 20:30 hora local, la basílica de san Pedro ha sido el escenario de una de las celebraciones litúrgicas más sugestivas de la Semana Santa. Se sumirá en la oscuridad total para simbolizar la muerte de Jesús. El cirio pascual recorrerá el pasillo central y su luz pasará de vela en vela hasta que la basílica se ilumine por completo con el anuncio de la Resurrección.*

1. Las mujeres llevan los aromas a la tumba, pero temen que el viaje sea en balde, porque una gran piedra sella la entrada al sepulcro. El camino de aquellas mujeres es también nuestro camino; se asemeja al camino de la salvación que hemos recorrido esta noche. Da la impresión de que todo en él acaba estrellándose contra una piedra: la belleza de la creación contra el drama del pecado; la liberación de la esclavitud contra la infidelidad a la Alianza; las promesas de los profetas contra la triste indiferencia del pueblo. Ocorre lo mismo en la historia de la Iglesia y en la de cada uno de nosotros: parece que el camino que se recorre nunca llega a la meta. De esta manera se puede ir deslizando la idea de que la frustración de la esperanza es la oscura ley de la vida.

Hoy, sin embargo, descubrimos que nuestro camino no es en vano, que no termina delante de una piedra funeraria. Una frase sacude a las mujeres y cambia la historia: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?» (Lc 24,5); ¿por qué pensáis que todo es inútil, que nadie puede remover vuestras piedras? ¿Por qué os entregáis a la resignación y al fracaso? La Pascua es la fiesta de la remoción de las piedras. Dios quita las piedras más duras, contra las que se estrellan las esperanzas y las expectativas: la muerte, el pecado, el miedo, la mundanidad. La historia humana no termina ante una piedra sepulcral, porque hoy descubre la «piedra vi-

Papa Francisco preside la Vigilia en la Basílica Vaticana

## La belleza de la creación contra el drama del pecado

va» (cf. 1 P 2,4): Jesús resucitado. Nosotros, como Iglesia, estamos fundados en Él, e incluso cuando nos desanimamos, cuando sentimos la tentación de juzgarlo todo en base a nuestros fracasos, Él viene para hacerlo todo nuevo, para remover nuestras decepciones. Esta noche cada uno de nosotros está llamado a descubrir en el que está Vivo a aquél que remueve las piedras más pesadas del corazón. Preguntémos, antes de nada: ¿cuál es la piedra que tengo que remover en mí, cómo se llama?

A menudo la esperanza se ve obstaculizada por la piedra de la desconfianza. Cuando se afianza la idea de que todo va mal y de que, en el peor de los casos, no termina nunca, llegamos a creer con resignación que la muerte es más fuerte que la vida y nos convertimos en personas cínicas y burlonas, portadoras de un nocivo desaliento. Piedra sobre piedra, construimos dentro de nosotros un monumento a la insatisfacción, el sepulcro de la esperanza. Quejándonos de la vida, hacemos que la vida acabe siendo esclava de las quejas y espiritualmente enferma. Se va abriendo paso así una especie de psicología del sepulcro: todo termina allí, sin esperanza de salir con vida.

Esta es, sin embargo, la pregunta hiriente de la Pascua: ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? El Señor no vive en la resignación. Ha resucitado, no está allí; no lo busquéis donde nunca lo encontraréis: no es Dios de muertos, sino de vivos (cf. Mt 22,32). ¡No enterréis la esperanza!

Hay una segunda piedra que a menudo sella el corazón: la piedra del pecado. El pecado seduce, promete cosas fáciles e inmediatas, bienestar y éxito, pero luego deja dentro soledad y muerte. El pecado es buscar la vida entre los muertos, el sentido de la vida en las cosas que pasan. ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? ¿Por qué no te decides a dejar ese pecado que, como una piedra en la entrada del corazón, impide que la luz divina entre? ¿Por qué no pones a Jesús, luz verdadera (cf. Jn 1,9), por encima de los destellos brillantes del dinero, de la carrera, del orgullo y del placer? ¿Por qué no le dices a las vanidades mundanas que no vives para ellas, sino para el Señor de la vida?

2. Volvamos a las mujeres que van al sepulcro de Jesús. Ante la piedra removida, se quedan asombradas; viendo a los ángeles, dice el Evangelio, quedaron «despavoridas» y con «las caras mirando al suelo» (Lc 24,5). No tienen el valor de levantar la mirada. Cuántas veces nos sucede también a nosotros: preferimos permanecer encogidos en nuestros límites, encerrados en nuestros miedos. Es extraño: ¿por qué lo hacemos? Porque a menudo, en la situación de clausura y de tristeza nosotros somos los protagonistas, porque es más fácil quedarnos solos en las habitaciones oscuras del corazón que abrirnos al Señor. Y sin embargo solo él eleva. Una poetisa escribió: «Ignoramos nuestra verdadera estatura, hasta que nos ponemos en pie» (E. Dickinson, We never know how high we are). El Señor nos llama a alzarnos,

a levantarnos de nuevo con su Palabra, a mirar hacia arriba y a creer que estamos hechos para el Cielo, no para la tierra; para las alturas de la vida, no para las bajezas de la muerte: ¿por qué buscáis entre los muertos al que vive?

Dios nos pide que miremos la vida como Él la mira, que siempre ve en cada uno de nosotros un núcleo de belleza imborrable. En el pecado, él ve hijos que hay que elevar de nuevo; en la muerte, hermanos para resucitar; en la desolación, corazones para consolar. No tengas miedo, por tanto: el Señor ama tu vida, incluso cuando tienes miedo de mirarla y vivirla. En Pascua te muestra cuánto te ama: hasta el punto de atravesarla toda, de experimentar la angustia, el abandono, la muerte y los infiernos para salir victorioso y decirte: «No estás solo, confía en mí». Jesús es un especialista en transformar nuestras muertes en vida, nuestros lutos en danzas (cf. Sal 30,12); con Él también nosotros podemos cumplir la Pascua, es decir el paso: el paso de la cerrazón a la comunión, de la desolación al consuelo, del miedo a la confianza. No nos quedemos mirando el suelo con miedo, miremos a Jesús resucitado: su mirada nos infunde esperanza, porque nos dice que siempre somos amados y que, a pesar de todos los desastres que podemos hacer, su amor no cambia. Esta es la certeza negociable de la vida: su amor no cambia. Preguntémos: en la vida, ¿hacia dónde miro? ¿Contemplo ambientes sepulcrales o busco al que Vive?

3. ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? Las mujeres escuchan la llamada de los ángeles, que añaden: «Recordad cómo os habló estando todavía en Galilea» (Lc 24,6). Esas mujeres habían olvidado la esperanza porque no recordaban las palabras de Jesús, su llamada acaecida en Galilea. Perdida la memoria viva de Jesús, se quedan mirando el sepulcro. La fe necesita ir de nuevo a Galilea, reavivar el primer amor con Jesús, su llamada: recordarlo, es decir, literalmente volver a Él con el corazón. Es esencial volver a un amor vivo con el Señor, de lo contrario se tiene una fe de museo, no la fe de Pascua. Pero Jesús no es un personaje del pasado, es una persona que vive hoy; no se le conoce en los libros de historia, se le encuentra en la vida. Recordemos hoy cuando Jesús nos llamó, cuando venció nuestra oscuridad, nuestra resistencia, nuestros pecados, cómo tocó nuestros corazones con su Palabra.

Las mujeres, recordando a Jesús, abandonan el sepulcro. La Pascua nos enseña que el creyente se detiene por poco tiempo en el cementerio, porque está llamado a caminar al encuentro del que Vive. Preguntémos: en la vida, ¿hacia dónde camino? A veces nos dirigimos siempre y únicamente hacia nuestros problemas, que nunca faltan, y acudimos al Señor solo para que nos ayude. Pero entonces no es Jesús el que nos orienta sino nuestras necesidades. Y es siempre un buscar entre los muertos al que vive. Cuántas veces también, luego de habernos encontrado con el Señor, volvemos entre los muertos, vagando dentro de nosotros mismos para desenterrar arrepentimientos, remordimientos, heridas e insatisfacciones, sin dejar que el Resucitado nos transforme. Queridos hermanos y hermanas, démosle al que Vive el lugar central en la vida. Pidamos la gracia de no dejarnos llevar por la corriente, por el mar de los problemas; de no ir a golpearnos con las piedras del pecado y los escollos de la desconfianza y el miedo. Busquémoslo a Él, en todo y por encima de todo. Con Él resurgiremos.





El llamamiento del Papa en el mensaje «urbi et orbi»

## Poner fin al fragor de las armas

*Una sentida oración para que cese «el fragor de las armas» fue hecha por el Papa durante el mensaje «urbi et orbi» pronunciado a mediodía el domingo 21 de abril desde la logia de la Bendición de San Pedro, después de haber celebrado la misa del día de Pascua en el antieiglesia de la basílica vaticana. A continuación publicamos el mensaje dirigido por el Pontífice a los fieles presentes en la plaza y a los que lo escuchaban por la radio, la televisión y la red.*

Queridos hermanos y hermanas, ¡feliz Pascua!

**H**oy la Iglesia renueva el anuncio de los primeros discípulos: «Jesús ha resucitado». Y de boca en boca, de corazón a corazón resuena la llamada a la alabanza: «¡Aleluya!... ¡Aleluya!». En esta mañana de Pascua, juventud perenne de la Iglesia y de toda la humanidad, quisiera dirigirme a cada uno de vosotros con las palabras iniciales de la reciente Exhortación apostólica dedicada especialmente a los jóvenes: «Vive Cristo, esperanza nuestra, y Él es la más hermosa juventud de este mundo. Todo lo que Él toca se vuelve joven, se hace nuevo, se llena de vida. Entonces, las primeras palabras que quiero dirigir a cada uno de los jóvenes cristianos son: ¡Él vive y te quiere vivo! Él está en ti. Él está contigo y nunca se va. Por más que te alejes, allí está el Resucitado, llamándote y esperándote para volver a empezar. Cuando te sientas avejentado por la tristeza, los miedos, las dudas o los fracasos, Él estará allí para devolverte la fuerza y la esperanza» (Christus vivit, 1-2).

Queridos hermanos y hermanas, este mensaje se dirige al mismo tiempo a cada persona y al mundo. La resurrección de Cristo es el comienzo de una nueva vida para todos los hombres y mujeres, porque la verdadera renovación comienza siempre desde el corazón, desde la conciencia. Pero la Pascua es también el comienzo de un mundo nuevo, liberado de la esclavitud del pecado y de la muerte: el mundo al fin se abrió al Reino de Dios, Reino de amor, de paz y de fraternidad. Cristo vive y se queda con nosotros. Muestra la luz de su rostro de Resucitado y no abandona a los que se encuentran en el momento de la prueba, en el dolor y en el luto. Que Él, el Viviente, sea esperanza para el amado pueblo sirio, víctima de un conflicto que continúa y amenaza con hacernos caer en la resignación e incluso en la indiferencia. En cambio, es hora de renovar el compromiso a favor de una solución política que responda a las justas aspiraciones de libertad, de paz y de justicia, aborde la crisis humanitaria y favorezca el regreso seguro de las personas desplazadas, así como de los que se han refugiado en países vecinos, especialmente en el Líbano y en Jordania.

La Pascua nos lleva a dirigir la mirada a Oriente Medio, desgarrado por continuas divisiones y tensiones. Que los cristianos de la región no dejen de dar testimonio con paciente perseverancia del Señor resucitado y de la victoria de la vida so-

bre la muerte. Una mención especial reservo para la gente de Yemen, sobre todo para los niños, exhaustos por el hambre y la guerra. Que la luz de la Pascua ilumine a todos los gobernantes y a los pueblos de Oriente Medio, empezando por los israelíes y palestinos, y los aliente a aliviar tanto sufrimiento y a buscar un futuro de paz y estabilidad.

Que las armas dejen de ensangrentar a Libia, donde en las últimas semanas personas indefensas vuelven a morir y muchas familias se ven obligadas a abandonar sus hogares. Insto a las partes implicadas a que elijan el diálogo en lugar de la opresión, evitando que se abran de nuevo las heridas provocadas por una década de conflicto e inestabilidad política.

Que Cristo vivo dé su paz a todo el amado continente africano, lleno todavía de tensiones sociales, conflictos y, a veces, extremismos violentos que dejan inseguridad, destrucción y muerte, especialmente en Burkina Faso, Mali, Níger, Nigeria y Camerún. Pienso también en Sudán, que está atravesando un momento de incertidumbre política y en donde espero que todas las reclamaciones sean escuchadas y todos se esfuerzen en hacer que el país consiga la libertad, el desarrollo y el bienestar al que aspira desde hace mucho tiempo.

Que el Señor resucitado sostenga los esfuerzos realizados por las autoridades civiles y religiosas de Sudán del Sur, apoyados por los frutos del retiro espiritual realizado hace unos días aquí, en el Vaticano. Que se abra una nueva página en la historia del país, en la que todos los actores políticos, sociales y religiosos se comprometan activamente por el bien común y la reconciliación de la nación.

Que los habitantes de las regiones orientales de Ucrania, que siguen sufriendo el conflicto todavía en curso, encuentren consuelo en esta Pascua. Que el Señor aliente las iniciativas humanitarias y las que buscan conseguir una paz duradera.

Que la alegría de la Resurrección llene los corazones de todos los que en el continente americano sufren las consecuencias de situaciones políticas y económicas difíciles. Pienso en particular en el pueblo venezolano: en tantas personas carentes de las condiciones mínimas para llevar una vida digna y segura, debido a una crisis que continúa y se agrava. Que el Señor conceda a quienes tienen responsabilidades políticas trabajar para poner fin a las injusticias sociales, a los abusos y a la violencia, y para tomar medidas concretas que permitan sanar las divisiones y dar a la población la ayuda que necesita.

Que el Señor resucitado ilumine los esfuerzos que se están realizando en Nicaragua para encontrar lo antes posible una solución pacífica y negociada en beneficio de todos los nicaragüenses.

Que, ante los numerosos sufrimientos de nuestro tiempo, el Señor de la vida no nos encuentre fríos e indiferentes. Que haga de nosotros constructores de puentes, no de muros. Que Él, que

nos da su paz, haga cesar el fragor de las armas, tanto en las zonas de guerra como en nuestras ciudades, e impulse a los líderes de las naciones a que trabajen para poner fin a la carrera de armamentos y a la propagación preocupante de las armas, especialmente en los países más avanzados económicamente. Que el Resucitado, que ha abierto de par en par las puertas del sepulcro, abra nuestros corazones a las necesidades de los menesterosos, los indefensos, los pobres, los desempleados, los marginados, los que llaman a nuestra puerta en busca de pan, de un refugio o del reconocimiento de su dignidad.

Queridos hermanos y hermanas, ¡Cristo vive! Él es la esperanza y la juventud para cada uno de nosotros y para el mundo entero. Dejémoslo renovar por Él. ¡Feliz Pascua!

*Después del mensaje a la ciudad y al mundo, seguido de la bendición, el Pontífice dirigió su propia felicitación a los numerosos fieles presentes, recordando, además los graves atentados en Sri Lanka y el 70º aniversario del primer mensaje televisivo de un Pontífice, el de Pío XII, que dirigido a los telespectadores franceses precisamente en el día de Pascua de 1949.*

Queridos hermanos y hermanas,

He recibido con tristeza y dolor la noticia de los graves atentados que, precisamente hoy, día de Pascua, han traído luto y dolor a algunas iglesias y otros lugares de encuentro en Sri Lanka. Deseo manifestar mi afectuosa cercanía a la comunidad cristiana, golpeada mientras se recogía en oración y a todas las víctimas de tan cruel violencia. Empezando al Señor a todos los que trágicamente han desaparecido y pido por los heridos y todos los que sufren a causa de este dramático evento.

Renuevo mis felicitaciones de Buena Pascua a todos vosotros. A este propósito, me complace recordar que hace setenta años, precisamente en la Pascua de 1949, un Papa hablaba por primera vez en televisión. El venerable Pío XII se dirigía a la televisión francesa destacando cómo las miradas del sucesor de Pedro y de los fieles podían encontrarse también a través de un nuevo medio de comunicación. Esta fiesta me ofrece la ocasión para animar a las comunidades cristianas a utilizar todos los instrumentos que la tecnología pone a disposición para anunciar la buena noticia de Cristo resucitado, para comunicarnos, no sólo para contactarse.

Iluminados por la luz de la Pascua, llevemos el perfume de Cristo resucitado en la soledad, en la miseria, en el dolor de tantos hermanos nuestros, dando un vuelco a la piedra de la indiferencia. En esta plaza, el gozo de la Resurrección se simboliza en las flores, que también este año provienen de los Países Bajos, mientras que los de la Basílica de san Pedro provienen de Eslovenia. Un gran y especial gracias a los que han donado estos esplendidos regalos floreales.